nos hace pereibir de un modo verdadero nuestro pecado personal.»

A Pedro, purificado por su confesión, el Señor le dice: «No temas. Desde ahora serás pescador de hombres.» Como si le dijera: «Como yo te he atraído a ti, tú atraparás a muchos... No temas el ambiente pecaminoso que te rodee: eres enviado de parte del Señor: Él te dará fuerza, paz y compasión para que conquistes al alma necesitada, y la atraigas a la presencia del Cristo, y quede admirada.»

Cuando los discípulos llegaron a tierra, dejándolo todo, lo siguieron. ¿Qué son las redes, y qué las bareas, ante la belleza y la luz de este Hombre? Y tú, oh alma, ¿acaso todavía sigues cautivada en las redes de tus deseos y vanagloria, o quieres ser capturada por Cristo, pescador de hombres?



Primer domingo de San Lucas La pesca milagrosa Le 5: 1-11

La fe del pescador y del apóstol

En el evento de la pesca milagrosa, el Señor, conforme a su costumbre, encamina al hombre del acontecimiento histórico a la esencia didáctica, de la experiencia al objetivo: para Él no es un mero acto milagroso sino una ocasión oportuna para convertir a Pedro, un pescador sencillo, en un apóstol. ¿Cuál fue la experiencia que Simón vivió, y cual fue el resultado?

Generalmente la pesca se lleva a cabo durante la noche, cuando el pescador ataca la tranquilidad del mar y sorprende a los peces con su red. Aquí Pedro, un pescador profesional, confiesa su fracaso: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche v no hemos pescado nada.» Mas la palabra de Dios es capaz de atraer a los peces sin consideración alguna de la hora: la red del Señor los atrapará aun a pleno día. Ésta es la experiencia del pescador Pedro. La exclamación «en tu palabra, echaré las redes» lo convierte en un pescador de hombres. Se trata de un cambio en su fe: de un judío que ve en Jesús a un rabí (maestro) cuya palabra es digna de obedecer, a un hombre que mira a Cristo como a Dios ante Quien se presenta con humillación y por Quien se deja todo.

La primera fe, la del pescador –que considera a Cristo como un maestro de religión a quien se debe dar el timón del barco para «enseñar a la muchedumbre» (Lc 5:1)— es una fe aceptable, primaria y básica para acceder a la que es más profunda, que hace de la apostolicidad nuestra constante preocupación: «la profesión del cristiano es ser cristiano», nos dice san Gregorio el Teólogo. Desde luego, esto no significa abandonar nuestros trabajos dado que el mismo Pedro no dejó la pesca. Nuestra vocación es que, estemos donde estemos, y en cualquier lugar o profesión que ocupemos, seamos siempre apóstoles y sigamos a Cristo sin interrupción.

Es bueno que demos a Cristo el timón de nuestra vida convirtiéndonos de la fe del pescador a la fe del apóstol, quien, como luz en el faro, da testimonio del deseo del Señor: «Que todos los hombres se salven y hacia el conocimiento de la verdad adelanten» (1Tim 2:4). Amén.



Segundo domingo de San Lucas Amor a los enemigos Le 6: 31-36

Los colores del amor

El «amor», este vocablo, quizás el más común, es de suma flexibilidad en el uso a tal grado que permita a toda persona imaginar que lo praetica; pero, en realidad el amor tiene varios aspectos y niveles.

El primer color de éste es el amor instintivo, como el que une a los miembros de una familia, a la madre con sus hijos y al marido con su mujer. Es una relación fuerte y sagrada que une a las personas poderosa y duraderamente, que se manifiesta en tristezas y alegrías. Sin embargo, parece que este nivel no es perfecto; he aquí que a menudo cautiva al amado. ¡Guántas veces el cariño instintivo de la madre ha destruido el futuro de su hijo! Otras veces las relaciones son corrompidas por los intereses: dinero que divide a los hermanos y objetos insignificantes que causan rompimiento en la misma familia. Es entonces un afecto que necesita siempre de purificación y de santificación.

El segundo color es del amor social, que surge de las relaciones en la escuela, trabajo, compañía, actividades... aquí, suele ser más espontáneo y efímero que cambia según las circunstancias de la vida, y es golpeado por el egoísmo, intereses y diferencias.